

ESTUDIO 1

CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

Tener a mano:

→ *La Biblia.*

→ *El Catecismo Menor de Lutero*

1. Introducción

El lema de la iglesia este año es “Libre en Cristo: una iglesia inspirada”.

La palabra **inspiración** nos lleva a pensar en un estímulo, aliento o algo que “ilumina” a alguien para la realización de algo genial. La iglesia no se inspira en sí misma. Es inspirada por los dones de Dios. La fuente de su inspiración no es humana, sino divina. No es natural, sino sobrenatural.

→ Buscar en la Biblia Santiago 1:17

Hablar de inspiración me remite a la obra de Dios a través de su Espíritu Santo. Dios inspiró las Escrituras por medio de su Santo Espíritu, así como a los santos hombres para que escriban cada letra:

→ Buscar en la Biblia: 2 Timoteo 3:16-17, 2 Pedro 1:21

La iglesia es la comunidad del Espíritu Santo. Él es quien la forma y la reúne. No por iluminación o inspiración directa, sueños y cosas semejantes; sino a través de los medios de gracia. Dios, por medio de su Espíritu, no reúne a la cristiandad de una manera abstracta. Lo hace de manera concreta, mediante la proclamación del evangelio, la absolución y la administración de los santos sacramentos, conduciendo las personas a Cristo.

Las confesiones afirman:

“Por eso debemos y tenemos que perseverar con insistencia en que Dios solo quiere relacionarse con nosotros los hombres mediante su palabra externa y por los sacramentos únicamente. Todo lo que se diga jactanciosamente del Espíritu sin tal palabra y sacramentos, es del diablo”. (Artículos de Esmalcalda, 325:10)

El apóstol Pedro, en su primer sermón (Hechos 2:14-42), hablando inspirado por el Espíritu Santo, no se basó sobre una visión o un sueño, sino en las sagradas Escrituras, citando al profeta Joel y los Salmos (16 y 110). Basándose en las sagradas Escrituras predicó ley y evangelio, y condujo a sus ovejas al sacramento del bautismo para perdón de pecados.

2. Confesión de fe

En estos estudios de cuaresma, estudiaremos el credo de los apóstoles.

La palabra “credo” viene del latín y significa “yo creo”. Es la respuesta de la iglesia a la proclamación del evangelio. El credo surgió en simultáneo con el Nuevo Testamento. En sus inicios, el credo apostólico

era usado en los bautismos, para que el catecúmeno confesara su fe en el Dios verdadero de una manera breve y concisa.

Pero el credo de los apóstoles no fue la primera confesión de la iglesia cristiana. La primera declaración de fe fue: “Jesucristo es el Señor” (Romanos 10:9). *Kúrios* es la traducción de Yahvé (Jehová) en la Biblia griega. Llamar a Cristo “Señor” es aplicarle el nombre santo de Dios del Antiguo Testamento, tal como él mismo lo hace en el cuarto evangelio cuando usa el *egó eimí*, “yo soy”, como eco de Éxodo 3:14.

La confesión de Pedro tiene mucho para enseñarnos respecto a la confesión de fe:

→ Buscar en la Biblia Mateo 16:13-17

En esta breve historia aprendemos que la confesión de fe no brota del deseo humano, sino que es una respuesta a la pregunta del Señor: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?. La respuesta de Pedro “Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” no fue por impulso humano, sino por inspiración divina. Por eso el Señor afirma diciendo: “porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi padre que está en los cielos”. La confesión de fe no es por deducción humana o una respuesta racional. Es fruto del Espíritu Santo.

→ Buscar en la Biblia 1 Corintios 12:3

La confesión de fe conduce a la unidad de la verdadera iglesia. Los catecúmenos de la primera iglesia confesaban ante testigos el credo apostólico, declaraban creer en lo mismo que toda la comunidad. Manifestaban abiertamente su fe en el Dios Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Así, nosotros hoy nos unimos a la cristiandad de todos los tiempos confesando lo mismo.

La confesión de fe es un don de Dios porque la fe verdadera es obra divina. No es inspiración autoritativa como lo es la Palabra de Dios; sin embargo, es obrada por el Espíritu Santo quien motiva los corazones a la verdadera fe y su testimonio ante el mundo. Cada cristiano es un confesor, que confiesa a su Señor allí donde éste lo coloca. Esta profesión de fe es con palabras y obras. Con la boca y con el testimonio de vida.

3. Creo en el Espíritu Santo

En el credo apostólico confesamos: “Creo en el Espíritu Santo”.

Manuel era un buen vecino. No ponía música fuerte, ni hacía ruido en la siesta. Cada vez que saludaba, concluía con la frase “bendiciones”. No perdía oportunidad de contar su testimonio de vida. Él decía:

“Yo llevaba una vida llena de excesos, probé de todo hasta que toqué fondo. Fue ahí donde me convertí al Señor y comencé una nueva vida. Tomé una decisión por Cristo y acepté a Jesús como mi salvador personal”.

Testimonios como los de Manuel se oyen con frecuencia. Personas como él suelen quedar confundidas cuando oyen de boca de un pastor evangélico luterano una respuesta similar a la siguiente:

“No fuiste vos quien aceptó al Señor, Él te aceptó a vos, estabas perdido y Él te halló”.

→ Buscar en la Biblia Juan 1:12-13, Lucas 15:24, 32.

→ Buscar en el Catecismo Menor la explicación del tercer artículo del credo:

Creo que, por mi propia razón o poder, no puedo creer en Jesucristo mi Señor, ni venir a Él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado por el Evangelio, iluminado con sus dones, santificado y conservado en la verdadera fe;

Nadie llega a ser cristiano por decisión, elección o sus propias fuerzas. Dios Espíritu Santo es quien llama por el Evangelio, iluminado por sus dones.

→ ¿Cuáles son esos dones con los que ilumina el Evangelio?

- La Palabra, la absolución y los santos sacramentos. Cristo mismo, recibido y creído como un regalo de Dios por medio de la fe.
- La fe por la cual creemos también es un don. Por eso se afirma que el Espíritu nos ha “*santificado y conservado en la verdadera fe*”.

→ Buscar en la Biblia Efesios 2:8, Romanos 10:17

La afirmación “*Creo que, por mi propia razón o poder, no puedo creer en Jesucristo...*” nos enseña que la fe y la salvación no dependen de nosotros, sino que son un verdadero don de Dios.

Gran parte de las iglesias evangélicas y la católica romana enseñan que el ser humano tiene libre albedrío en asuntos espirituales. Se enseña falsamente que una persona tiene la libertad de creer o rechazar a Dios. Por eso, muchos sermones invitan a una decisión personal por Cristo y en la iglesia romana se motiva a colaborar en la salvación a través de la caridad.

La iglesia verdadera no es la comunidad de personas que supo hacer una elección correcta, tampoco de los iluminados por cierto conocimiento descubierto. Es la comunidad del Espíritu, reunida por la Palabra y los sacramentos.

Lutero, en su Catecismo Mayor afirma:

“Ni tú ni yo podríamos saber jamás algo de Cristo, ni creer en él, ni recibirlo como “nuestro Señor”, si el Espíritu Santo no nos ofreciese estas cosas por la predicación del evangelio y las colocara en nuestro corazón como un don. La obra tuvo lugar y fue realizada, pues Cristo obtuvo y conquistó para nosotros el tesoro con sus padecimientos, su muerte y su resurrección, etc. Mas, si esta obra de Cristo permaneciese oculta y sin que nadie supiera de ella, todo habría sucedido en vano y habría que darlo por perdido. Ahora bien, a fin de evitar que el tesoro quedase sepultado y para que fuese colocado y aprovechado, Dios ha enviado y anunciado su palabra, dándonos con ella el Espíritu Santo, para traernos y adjudicarnos tal tesoro y redención”. (Lutero, Catecismo Mayor).

Al confesar: “Creo en el Espíritu Santo” reconocemos que Dios nos alcanzó a nosotros y no nosotros a Él. No lo hallamos, Él nos halló. No nos salvamos, nuestro Señor Jesucristo nos salvó. La fe por la cual nos adherimos a nuestro Señor es un don suyo y no algo nuestro. La fe salvadora es pasiva, porque recibe lo que el Señor Jesucristo ofrece, a saber, la salvación.

Luego, la fe impulsada por el Espíritu de Dios produce frutos, que siquiera son nuestros sino del mismo Espíritu. Por eso el apóstol Pablo los llama los frutos Espíritu:

→ Buscar en la Biblia Gálatas 5:22-25.

Muchas personas están orgullosas de su fe. Ver a la fe como una actitud humana es convertir el don de Dios en una obra humana. La fe se aferra a Jesús, no a sentimientos y emociones ilusorias. ¿Dónde está Jesús? Allí donde Él prometió estar para nosotros: en el bautismo, en la santa cena, en la absolución, en la predicación y su Palabra. Las palabras de Jesús son “espíritu y vida”.

→ Buscar en la Biblia Juan 6:63

4. Conclusión

Nacimos del agua y del Espíritu el día de nuestro bautismo (Juan 3:5-6). Somos alimentados diaria y constantemente por su Palabra de vida. Somos confortados por medio de la absolución y recibimos a Cristo mismo en nuestras vidas para perdón de pecados.

Gracias a la obra de Dios Espíritu Santo a través de los medios de gracia, podemos considerarnos entre aquellos que recibieron y creyeron en Cristo: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:12-13).

Todas estas bendiciones nos son ofrecidas en la santa iglesia cristiana, tema que estudiaremos en el próximo estudio.

Pastor Silvio Donat, febrero de 2022